

sucesivamente á Madrid, había Napoleón anunciado á Murat su resolución de apoderarse de Fernando VII atrayéndole á Bayona; de prolongar unos cuantos días el reinado de Carlos IV, y de valerse en seguida de este desgraciado príncipe para hacerse ceder la corona. Mandó á Murat que si no decidía á Fernando VII á hacer el viaje, publicase la protesta del rey padre, declarando que éste era el único que reinaba, y que Fernando VII no era más que un hijo rebelde. Pero la facilidad con que se prestó Fernando á ir en busca de Napoleón, hacía excusada aquella violencia y el tener que poner otra vez en manos de Carlos IV el cetro de España. Por muy débiles que fueran estas manos, por muy fácil que pudiera parecer el arrancarles el cetro que se les devolvía por un momento, prefirió Murat evitar aquel rodeo que le alejaba del objeto á que tendían sus deseos. Comprendió ser menester contentarse con hacer salir de Madrid á Fernando VII sin restituir á Carlos la corona; y una vez en poder de Napoleón aquel joven monarca, tan deseado por los españoles, sólo quedaba Carlos IV, á quien éstos no querían por ningún título, y hasta era posible que este mismo se trasladase también á Bayona. Todos los Borbones de consiguiente, jóvenes y ancianos, populares é impopulares, iban á caer en manos de Napoleón, y el trono de España á quedar vacante de veras.

En efecto, no dejó de suceder lo que Murat tenía previsto. No bien se supo el viaje de Fernando VII, determinaron los reyes padres emprenderlo ellos también. No habían podido consolarse un solo instante desde el día 17 de marzo: la España les era ya odiosa; sólo hablaban de abandonarla, de retirarse aunque fuera á una aldea de Francia, país que había hecho tan delicioso, seguro y tranquilo, su poderoso amigo Napoleón. Pero cuando supieron que Fernando VII iba á abocarse con Napoleón, mudaron repentinamente de idea; y aunque no tuviesen grandes esperanzas ni deseos de recobrar el cetro, llenóles de despecho la idea de que pudiera Fernando obtener la razón del árbitro de sus destinos; que llegara á ser su soberano una vez reconocida y consolidada su potestad por el reconocimiento de la Francia, y que pudiera decidir de su suerte y de la de todas sus hechuras. No pudiendo contenerse, concibieron un vivo deseo de ir ellos también á abogar por su causa contra un hijo desnaturalizado ante el soberano omnipotente que se acercaba á los Pirineos. La reina de Etruria, que odiaba á su hermano Fernando, de quien recibía igual pago, tenía también que defender los derechos de su hijo menor, hecho rey de la Lusitania septentrional. Temía que estos derechos quedasen aniquilados con el trastorno general de la Península, y quería ir con sus padres á echarse en brazos de Napoleón para obtener justicia y protección. Así contribuyó por su parte á atizar el deseo de sus ancianos padres, y á precipitarlos en el camino de Bayona. Mostrábanse, pues, los desgraciados Borbones animados de una especie de emulación para entregarse al formidable conquistador que los atraía, como es fama que hace la serpiente con los pájaros, dominados por una atracción irresistible y misteriosa.

Dieron inmediatamente parte de este deseo á Murat, quien lo acogió con indecible júbilo. Si se hubiera dejado llevar de su primer impulso, hubiera al punto me-

tido en sus coches á la antigua corte para que se lanzase en pos de la nueva; pero temió inspirar demasiados recelos desembarazándose de todas las personas reales de un golpe, suscitar en Fernando y en sus consejeros reflexiones que quizá pudieran apartarlos de su primera idea, y sobre todo arriesgarse á una medida semejante, sin obtener el consentimiento del emperador; por cuyas razones, se limitó á transmitirle sobre la marcha aquella importante noticia, no dudando de la respuesta, y á contemplar con júbilo cómo se precipitaban voluntariamente hacia el abismo abierto en Bayona todos los príncipes que tenían derecho á la corona de España. Concibió desde entonces las más locas esperanzas, y se persuadió de que no había nada imposible en España teniendo fuerza y un poco de habilidad.

Entretanto Fernando VII y su corte se dirigían hacia Burgos con la lentitud que tenían de costumbre los príncipes holgazanes de la degenerada España, aunque por otra parte algo contribuían á retrasar su viaje los fervidos homenajes de los pueblos del tránsito. Rompían en todas partes los bustos de Godoy, y paseaban el de Fernando VII coronado de flores. Las ciudades por donde pasaban perdonaban de grado á este príncipe el viaje que hacía, por el placer de verle; pero llenas de temor por su suerte, le juraban sacrificarse por él si era menester. Eran sus homenajes más expresivos siempre que con ellos podían dar en cara á los franceses, como si quisieran advertirles su desconfianza y el ardoroso celo de que estaban prontos á hacer alarde.

Llegado que hubieron á Burgos, Fernando VII y sus compañeros de viaje experimentaron una sorpresa que hizo nacer en ellos ciertas sombras de desconfianza y arrepentimiento. Habiales dicho siempre el general Savary que únicamente se trataba de ir á recibir á Napoleón, y que le encontrarían en el camino de Castilla la Vieja, ó en el mismo Burgos. El vivo deseo que tenían de ser los primeros en verle, y de anticipar sus disculpas á las de los reyes padres, los había obcecado hasta el punto de no conocer una trama tan grosera; pero al acercarse á los Pirineos, al internarse en los ejércitos franceses, experimentaron cierta dolorosa desconfianza, y hasta pensaron en detenerse, con tanta más razón cuanto que nada oían hablar de Napoleón ni de su próxima llegada. (Hallábase éste en Burdeos.) Llegó al punto el general Savary, que no los perdió de vista un momento, los tranquilizó, y les aseguró que pronto iban á ver á Napoleón; que cuanto más avanzasen, más le predispondrían en su favor, y que por último conseguirían de ese modo saber dos días antes la suerte que les esperaba. No hay medio más seguro para mover á un corazón temeroso, que prometerle que se va pronto á disipar la duda que le atormenta. Decidióse continuar hasta Vitoria, adonde llegaron el 13 de abril por la tarde.

Las dudas de Fernando VII se convirtieron en Vitoria en una resistencia formal á continuar aquel viaje. Supo por una parte que, lejos de haber pasado la frontera española, Napoleón no había salido aún de Burdeos, y el pundonor español se reconocía ofendido de tener que dar tantos pasos hacia un huésped que por su parte daba tan pocos; por otra parte, al aproximarse á la frontera de Francia empezaba á entrever la verdad de todo. Podía en Madrid, entre las facciones enemi-

gas que pugnaban en anticiparse la una á la otra, y entre un pueblo infatuado de amor propio, que no creía que pudiera jamás atreverse una mano extraña á tocar la corona de Carlos V, juzgarse que Napoleón sólo había movido sus ejércitos para favorecer á la familia real de España; pero ya cerca de Francia, donde todos se maliciaban el verdadero proyecto de Napoleón, y donde los ejércitos franceses, que ya habían por decirlo así hecho asiento, habían propalado cuanto se imaginaban acerca de su destino, era más difícil hacerse ilusiones. En efecto, todos en Bayona y en sus cercanías suponían que Napoleón iba únicamente á completar su sistema político, substituyendo en el trono de España á la familia de Borbón la familia Bonaparte. Parecíales muy natural este modo de proceder en un conquistador y fundador de dinastías, siempre que el éxito coronase la empresa, y sobre todo si con aquel trastorno no pasaban las colonias españolas á acrecentar el imperio británico allende los mares. Estas opiniones habían contagiado á las provincias Vascongadas españolas, y produjeron en Fernando VII y en el canónigo Escoiquiz tal sensación, que inmediatamente tomaron la resolución inalterable de no pasar de Vitoria. Alegáronse para esto razones de etiqueta, que seguramente tenían cierto valor, porque no era un acto muy digno el salir al encuentro de Napoleón hasta más allá de la frontera de España. El general Savary, para que los viajeros llegasen hasta Vitoria, les había estado dando siempre esperanzas de que encontrarían á Napoleón en la próxima parada; pero este medio ya de nada servía con la noticia cierta de que Napoleón estaba en Burdeos. Entonces les dijo, que puesto que el motivo del viaje era ver á Napoleón para impetrar el reconocimiento de la nueva corte, era ya forzoso dejar á un lado las consideraciones de etiqueta, y dirigirse resueltamente hacia el objeto; que al fin y al cabo los que iban á buscar á Napoleón necesitaban de él, al paso que él para nada los necesitaba, y que por lo tanto estaba muy en el orden que anduviesen ellos el camino que por causa de otros negocios, todos sumamente graves, no hubiese él podido adelantar; que dejaran por lo mismo de rebelarse como niños contra las consecuencias de un paso que se había empezado á dar por motivos de grande interés. Después, cambiando repentinamente de tono, con una especie de vivacidad militar que le era peculiar, y que muchas veces daba al traste con toda su prudencia, de cauteloso y halagüeño pasó el general á arrogante y severo, y montando á caballo les dijo que hiciesen lo que quisieran, que él por su parte regresaba á Bayona á reunirse con el emperador, y que probablemente se arrepentirían de haber cambiado de determinación. Dejólos aturridos, pero por aquel momento obstinados en su resistencia.

El general Savary partió al punto para Bayona, adonde llegó el 14 de abril, pocas horas antes que el emperador, el cual no llegó hasta el 14 por la noche. Detúvose éste unos cuantos días en Burdeos para dar tiempo á los príncipes españoles de acercarse á la frontera y dispensarse de salirles al encuentro, lo que no hubiera podido evitar si hubiese estado en Bayona. Empleó el tiempo en Burdeos, como tenía de costumbre, en enterarse de lo que más interesaba al país y en tomar informes sobre el comercio de aquella gran ciudad y sobre los medios de mantener las relaciones de la Francia con

sus colonias. Penetrado de lo mucho que la ciudad de Burdeos sufriría con la guerra, mandó que se le abriese un depósito de varios millones por el Tesoro extraordinario, y prescribió que por cuenta del presupuesto de la casa imperial se hiciese una compra considerable de vinos. Llegó á Bayona el 14, y supo con gran satisfacción todo cuanto había ocurrido en Madrid favorable á sus designios, tomando las medidas oportunas para asegurar su ejecución definitiva.

Después de concertarse con el general Savary, juzgó oportuno volverle á mandar á Vitoria con una contestación á la carta que Fernando le había dirigido, concebida en términos capaces de atraer al príncipe hacia Bayona sin contraer con él ningún compromiso formal. Decíale Napoleón que por los papeles de Carlos IV había podido convencerse de su imperial benevolencia (aludiendo á los consejos de mostrarse indulgente que había dado á Carlos IV tratándose de la causa del Escorial); que por consiguiente sus disposiciones personales no podían serle dudosas; que al dirigir los ejércitos franceses hacia los puntos del litoral europeo más á propósito para sus designios contra la Inglaterra, se había propuesto pasar á Madrid para decidir al paso á su augusto amigo Carlos IV á decretar algunas reformas indispensables, particularmente la destitución del príncipe de la Paz; que había repetidas veces aconsejado esta destitución, pero que si no había insistido más en ella era por consideración á ciertas augustas debilidades que era forzoso perdonar, considerando que los reyes, lo mismo que todos los demás hombres, no son más que un conjunto de debilidades y errores; que los acontecimientos de Aranjuez le habían sorprendido en medio de sus proyectos; que no pensaba en manera alguna erigirse en juez, pero que habiéndose hallado en la escena sus ejércitos, no quería pasar á los ojos de Europa como promovedor ó cómplice de una revolución que había lanzado del trono á un aliado y amigo; que no presumía entrometerse en los asuntos interiores de España, pero que si se le demostraba haber sido voluntaria la abdicación de Carlos IV no pondría la menor dificultad en reconocer al príncipe de Asturias como legítimo soberano de España; que para esto parecía muy conveniente tener una conferencia de algunas horas, y por último, que no debía mirarse al emperador de los franceses como un juez prevenido en contra, sólo por la reserva que había guardado la Francia en el último mes. Seguían algunos consejos en el lenguaje más elevado sobre la causa intentada contra el príncipe de la Paz y sobre los inconvenientes que ofrecía al deshonor, no sólo al príncipe, sino también á los reyes padres, el enterar á un público malévolo y envidioso en los secretos del Estado, y educarle en la funesta costumbre de poner la mano en el que le ha gobernado por largo tiempo; porque *los pueblos*, añadía Napoleón, *se complacen en vengarse de los homenajes que nos tributan*. Al concluir, volvía á mostrarse dispuesto á un enlace en caso de que le dejaran satisfecho las explicaciones que se le iban á dar en Bayona.

Esta carta, que era un artificio mixto de indulgencia, de altanería y de razones, hubiera sido un soberbio trozo de elocuencia á no encerrar la más solemne perfidia. Debía llevarla á Vitoria el general Savary, agregando á ella todos los comentarios que fuesen precisos, y aña-

diendo en caso necesario algunas de aquellas palabras capciosas que sabía tan bien prodigar y que podían en su boca decidir á Fernando VII sin comprometer á Napoleón. Pero aún no estaba previsto el caso de que Fernando VII y sus consejeros se negasen á caer en la celada, y mediante el cual estaba resuelto Napoleón á no pararse en la mitad de su camino. Decidió que para este caso se usaría de la fuerza. Además de la división de observación de los Pirineos occidentales, mandó á España la reserva de infantería provisional del general Verdier, la división de caballería provisional del general Lasalle, y nuevos destacamentos de la guardia imperial de á caballo. Reunidas estas tropas bajo el mariscal Bessieres, debían proteger las espaldas del ejército ocupando á Castilla la Vieja. Mandó acto continuo á Murat y al mariscal Bessieres que sin titubear prendiesen, al primer aviso del general Savary, al príncipe de Asturias, publicando al mismo tiempo la protesta de Carlos IV y declarando que sólo éste reinaba en España, siendo su hijo un mero usurpador que había provocado la revolución de Aranjuez para apoderarse del trono. No obstante, si Fernando VII consentía en pasar la frontera é ir á Bayona, Napoleón aceptaba el parecer de Murat de no restituir á Carlos IV el cetro que había de volvérselo á quitar en breve, y de impeler sencillamente hacia Bayona á los reyes padres, puesto que ellos mismos habían mostrado desearlo. Reiterábase el encargo de hacerse entregar, así que Fernando VII cruzase la frontera, la persona del príncipe de la Paz de grado ó por fuerza y mandarlo á Bayona. Tales eran las disposiciones para llevar á cabo, por medio de la violencia si no podía ser con la astucia, la tenebrosa trama urdida contra la corona de España (1).

Dadas estas órdenes y despachado el general Savary á Vitoria, se ocupó Napoleón en disponerse en Bayona un alojamiento para varios meses. Además de la emperatriz Josefina pensaba recibir allí á muchos príncipes y princesas, y por esta razón deseaba dejar disponibles los hospedajes que dentro de la ciudad ocupaba. En aquel suelo, que es uno de los más risueños de Europa, y al que desgraciadamente imprimió Napoleón un recuerdo menos grato que todos los que prodigó en Egipto, Italia, Alemania y Polonia; en aquel suelo formado de preciosas colinas que baña el Adur, que coronan los Pirineos y que limita la mar en el horizonte, había á una legua de Bayona un castillejo de arquitectura regular y de origen incierto, construído según es fama por una de aquellas princesas que Francia y España se daban mutuamente en matrimonio, situado en medio de un bonito jardín, en la más linda posición que puede imaginarse, bajo un sol tan brillante como el sol de Italia. Quiso Napoleón habitarlo inmediatamente, y por

(1) Al trazar ésta narración hemos tenido presentes las minutas de las órdenes que se conservan en el Louvre. (N. del A.)
 Aceptamos la calificación ingenua que hace Mr. Thiers del modo de proceder de Napoleón en la cuestión de España, llamándole *tenebrosa trama*, después de calificar el contenido de su carta á Fernando de *solemne perfidia*, y de verdadera *celada* su invitación para que pasase á Bayona. Repugnaba á la conciencia del historiador el justificar semejante conducta; y no debiera también repugnarle que con semejantes actos de inmoralidad pudiera inaugurarse por el emperador francés la *regeneración* de esta sociedad española tan ignorante y atrasada? Sin *moral* no hay regeneración posible: desengáñese Mr. Thiers; y era esa la moral que iba á enseñarnos la Francia?
 (N. del T.)

fortuna, para satisfacer su gusto no había que emplear ni la astucia ni las amenazas que estaba á la sazón costando la corona de España. Holgóse su dueño de póderselo vender por unos cien mil francos, y se le decoró apresuradamente con los recursos que ofrecía el país. Se hizo del jardín un campo para las tropas de la guardia imperial. Instalóse allí Napoleón el día 17, y dejó libres los hospedajes que ocupaba en Bayona para que pudiera alojarse la familia real de España, que en breve iba á reunirse allí toda.

El general Savary partió en posta para Vitoria y halló á Fernando rodeado no sólo de los consejeros que llevaba consigo, sino también de muchos personajes importantes que habían acudido á ofrecerle sus homenajes y servicios. Entre estos últimos había uno que gozaba de la mayor consideración, que era el antiguo ministro de Estado Urquijo, caído á impulso de un ataque brutal en 1802 al prevalecer definitivamente el partido del príncipe de la Paz, y retirado desde entonces en Vizcaya, que era su país natal. A fuer de hombre enérgico ó perspicaz, aunque pesimista, dirigió Urquijo á Fernando en presencia de sus consejeros el lenguaje propio de un estadista experimentado y prudente. Díjoles á todos que no podían haber dispuesto cosa más imprudente que el viaje del príncipe si le hacían atravesar la frontera; que por lo tocante á las leyes de urbanidad, no podía hacerse más con el más grande é ilustre soberano que salir á recibirle hasta el límite del reino; que pasar adelante era faltar á la dignidad de la corona española, y sobre todo incurrir en la necedad más insigne; que bastaba leer con madurez la relación de la revolución de Aranjuez inserta en el diario oficial del imperio (el *Monitor*) para descubrir en ella la intención de desacreditar al nuevo rey, de poner en duda su investidura y de inspirar interés en favor del rey padre, manifestando el propósito deliberado de desechar al uno como usurpador y como incapaz de reinar al otro; que con sólo observar la política que seguía Napoleón con la España en los últimos tiempos, se entreveía claramente el proyecto de desembarazarse de la casa de Borbón y de hacer entrar otra vez la Península en el sistema del imperio francés; que la afectada indiferencia con que se recibía la proclamación del príncipe de la Paz, acompañada del esmero que se ponía en dispersar las escuadras y los ejércitos españoles, llamando á aquellas á los puertos de Francia y á éstos hacia el Norte, revelaba hasta la evidencia el proyecto de vengarse á la primera ocasión, y que la aglomeración de tantas fuerzas en el Mediodía después de concluídos los asuntos en el Norte rechazaba toda duda sobre aquel objeto.

Muzquiz y Labrador, que habían aprendido en las varias cortes de Europa á formarse algunas ideas exactas sobre la política general, acogieron estas reflexiones con muestras inequívocas de asentimiento, pero no se tomó en consideración su parecer. Los consejeros que gozaban de más crédito eran el adocenado é inconsecuente Ceballos, que ocultaba su doblez con la violencia y no perdonaba á Urquijo las sinrazones que en otro tiempo había cometido con este hombre eminente, puesto que había sido el instrumento subalterno de su caída, y además los dos íntimos confidentes del príncipe, el duque del Infantado y el canónigo Escóquiz, que se complacían ambos en soñar con un reinado feliz por

su benéfica influencia y repugnaban cuanto podía contribuir á desvanecer este sueño de su vanidad. Ni unos ni otros querían admitir que hubiesen ellos dado principio y menos aún precipitado el curso de la más fatal imprudencia. Repugnábales creer que estaban presidiendo al comienzo de una larga serie de infortunios, en vez de presenciar el origen de una larga cadena de prosperidades. Rechazaron por lo tanto las siniestras profecías de Urquijo como sombras de una imaginación morbosa y exacerbada por la desgracia. «¿Cómo, exclamó el duque del Infantado con la más extraña seguridad, había de humillarse á tan baja perfidia un héroe coronado de tanta gloria?» «No conocen ustedes á los héroes, respondió con amargura y desprecio Urquijo; poco han leído ustedes á Plutarco! Léanle y verán que los hombres más grandes han fundado su grandeza sobre montones de cadáveres. Los fundadores de dinastías principalmente no han solido erigir sus edificios sino sobre la perfidia, la violencia y el robo! ¿Qué no hizo nuestro Carlos V en Alemania, en Italia y aun en España? Y cuenta que no me remonto á nuestros peores príncipes. La posteridad sólo se hace cargo del resultado. Nada le importan los príncipes á quienes han despojado y los ejércitos que sacrificaron, si los autores de tantas acciones culpables han conseguido fundar grandes imperios y hacer á los pueblos poderosos y felices.» Como insistiesen el duque del Infantado y el canónigo Escóquiz en la reprobación á que Napoleón se expondría usurpando la corona, en el levantamiento que produciría así en España como en toda Europa, y en la guerra eterna que contra sí llegaría á suscitar, les respondió Urquijo que la Europa hasta entonces no había sabido más que dejarse vencer por los franceses; que las coaliciones mal conducidas y trabajadas por divisiones intestinas no tenían probabilidad ninguna de buen éxito; que sólo una potencia, que era el Austria, se hallaba aún en estado de dar una batalla, pero que quedaría aniquilada aun con el apoyo de la Inglaterra y pagaría su resistencia con nuevas pérdidas territoriales; que la España podría en verdad sostener una guerra de facciones, pero su destino al fin y al cabo sería servir de campo de batalla á ingleses y franceses, quedando lastimosamente asolada y aprovechando sus colonias aquella ocasión para sacudir el yugo de su metrópoli; que si Napoleón sabía ponerse coto en sus miras de engrandecimiento y dar buenas instituciones á los países sometidos á su sistema, podrían llegarse á establecer con su dinastía de una manera sólida y duradera; que cuando los pueblos de la Península, ligados con los de la Francia por intereses de toda especie, vieran que se batían por la causa de una familia mucho más que por la de la nación, acabarían por adherirse á un gobierno civilizador; que en último resultado las dinastías á las cuales se debía la regeneración de la España siempre habían venido de fuera; que bastaba que Napoleón hermanase su genio con un poco de prudencia para que los Borbones perdiesen definitivamente su causa; que en todo caso siempre se vería la España inundada por un diluvio de males y condenada á la pérdida de sus colonias; que por lo tanto convenía no correr voluntariamente á la celada que tenía dispuesta Napoleón, sino retroceder cuanto antes; y por último, que si para esto era ya tarde, no había más arbitrio que

substraer al rey con un disfraz y llevárselo otra vez á Madrid ó al Mediodía de España, desde donde, colocado á la cabeza de la nación, podría tratar con Napoleón con condiciones más admisibles y decorosas.

Raras veces suelen los hombres de Estado desentrañar el porvenir como lo hizo Urquijo en esta ocasión; y sin embargo no consiguió más que la desdeñosa sonrisa de una ignorancia obcecada, con lo que retrocedió á su casa picado sin querer acompañar al rey, para quien le pedían consejos sin dignarse aceptarlos. «Si quieren ustedes, les dijo, que pase yo á Bayona, solo, á



El general Lasalle

discutir, negociar y hacer frente al enemigo común, mientras ustedes se retiran al centro de la Península, lo haré; pero si no, no quiero acompañando á ustedes mancillar mi reputación, único bien que me queda en mi desgracia entre los infortunios de nuestra patria común.

Desoído Urquijo, retiróse al punto, abandonando á sí mismos á los consejeros de Fernando, siempre inflexibles, pero un tanto alarmados con las sombrías predicciones de aquel hombre perspicaz y enérgico. Llegó en esto el general Savary, portador de la carta de Napoleón, y recobraron toda la confianza que tenían en sus propias luces y en el destino. Esta carta, que cerraba en cada uno de sus renglones una intención oculta y amenazadora, porque la extraña pretensión de juzgar la contienda suscitada entre padre é hijo no podía revelar otra cosa más que el deseo de condenar á uno de los dos, y por consiguiente al que era más apto para reinar, en vez de abrirle los ojos contribuyó á aumentar su obcecación. Nada les llamó la atención más que la cláusula en que decía Napoleón que deseaba ilustrarse sobre los acontecimientos de Aranjuez,

que esperaba conseguirlo en su conferencia con Fernando VII, y que al punto le reconocería como rey de España. Esta vaga promesa les volvió todas sus ilusiones; vieron en ella la seguridad de ser reconocidos al día siguiente de su llegada á Bayona, y cometieron la simpleza de preguntar al general Savary si no era efectivamente aquella la interpretación que debía darse á la carta; á lo que el general les respondió que cómo era posible interpretarla de otro modo cuando no significaba otra cosa. Ya tranquilizados, resolvieron partir en la mañana del 19 de Vitoria para ir á dormir á Irún, haciendo que les precediese un propio que anunciara su llegada en Bayona. Debe añadirse también, que rodeados como estaban por todas partes por las tropas del general Verdier reunidas en Vitoria, no hubieran podido, aunque quisieran, obrar de otro modo; pero ni siquiera echaron de ver la coacción que sufrían: ¡tan ciegos se mostraban al peligro!

Pero los habitantes de las provincias circunvecinas que habían ido á ver á Fernando, no discurrían sobre aquella situación como sus consejeros. Urquijo repitió á todo el mundo lo que había dicho en la corte de Fernando VII; sus palabras encontraron eco, y se reunieron una multitud de súbditos leales para oponerse al viaje de su joven monarca. En la mañana del día 19, á la hora señalada para emprender el viaje, estando enganchados los carruajes de la real casa, se alzó de repente un tumulto popular, y una porción de paisanos armados que hacía muchos días dormían en el suelo delante de la puerta y dentro de la real morada, declararon su resolución de estorbar el viaje. Uno de ellos, armado de una hoz cortó los tirantes de los coches y desenganchó las mulas que se volvieron á la caballeriza. Podía muy fácilmente ocurrir un choque con las tropas francesas encargadas de escoltar á Fernando, pero felizmente la infantería había recibido orden de permanecer en sus cuarteles con el arma cargada y la mecha encendida. Sólo la caballería de la guardia estaba formada en la plaza donde se hallaban los coches, pero á cierta distancia de los grupos con el sable desenvainado y en una inmovilidad amenazadora. Temerosos los consejeros de Fernando de que echara á perder su causa cualquier choque, enviaron al duque del Infantado á hablar al pueblo en la calle. El duque, que gozaba de gran consideración, se metió entre el gentío, consiguió aplacarle invocando el respeto debido á la voluntad real, y aseguró al pueblo que si se emprendía el viaje á Bayona era por la certeza que había de volver de allí á pocos días con el reconocimiento de Fernando y renovada la alianza con la Francia. Apaciguóse el tumulto, más por respeto que por convencimiento. Volvieron á engancharse las mulas sin ningún obstáculo, y Fernando VII montó en el coche saludando al pueblo, que le correspondió con aclamaciones, entre las cuales resonaban algunos gritos de cólera y de compasión. Lanzáronse de nuevo al galope los soberbios escuadrones de la guardia imperial, y rodearon los coches reales como para tributar su homenaje al que se llevaban prisionero. Así partió aquel príncipe inepto, engañado por sus propios deseos más aún que por la destreza de su adversario y como si fuese el más sencillo y de más leal corazón entre todos los príncipes de su tiempo, cuando era uno de los más solapados y aviesos. El pueblo español le vió

partir con pesadumbre y con desprecio, persuadido de que en breve vería, en vez de su rey, al extraño sostenido por formidables ejércitos.

Durmió Fernando VII en el pueblecito de Irún con proyecto de atravesar al día siguiente la frontera francesa. El día 20, en efecto, pasó el Bidasoa y le sorprendió que no salieran á recibirle más que los tres grandes de España, que volvían á desempeñar su comisión cerca de Napoleón, trayendo sólo los más tristes presentimientos. Pero ya no era tiempo de volver atrás; estaba salvado el puente del Bidasoa, y era inevitable hundirse en el abismo que no se había sabido reconocer hasta estar dentro de él. Al acercarse á Bayona se encontró el príncipe con los mariscales Duroc y Berthier que habían sido enviados á felicitarle, los cuales no le dieron más tratamiento que el de príncipe de Asturias. No era esto en rigor lo más alarmante, porque Napoleón había adoptado por principio de su política el no reconocer lo ocurrido en Aranjuez hasta que mediase una explicación; de modo que todavía podía aplazarse el susto algunas horas.

Llegado que hubo á Bayona, encontró Fernando alguna tropa sobre las armas y pueblo muy escaso, porque nadie tenía noticia de su llegada. Fué llevado á un alojamiento muy modesto, comparado con los soberbios palacios de la corona en España, pero único disponible á la sazón en la ciudad.

Apenas se apeó del coche, acudió á visitarle Napoleón que venía á caballo de su palacio de Marac: abrazó el emperador de los franceses al príncipe español con todas las apariencias de la más exquisita cortesía, dándole el título de príncipe de Asturias como cosa convenida de antemano, y se separó de él á los pocos minutos so pretexto de dejarle descansar, y sin decirle nada que pudiese interpretarse favorable ni desfavorablemente. De allí á una hora fueron unos gentileshombres á invitar al príncipe y á su comitiva á comer en el palacio de Marac. Acudió á la cita Fernando al declinar el día, acompañado de su pequeña corte y fué recibido del mismo modo, pero con extremada reserva por lo tocante á la política. Después de comer, habló el emperador de cosas generales con Fernando y sus consejeros, y pronto reconoció, bajo la inmovilidad habitual del semblante del joven rey, á despecho del silencio que por lo general guardaba, un alma adocenada no exenta de malicia; en la conversación más expedita del preceptor Escoiquiz, un ingenio cultivado pero ajeno á la política, y en la gravedad del duque del Infantado, á un hombre de bien que se respetaba mucho más de lo preciso, puesto que todo su mérito se reducía á una grande ambición sin talento. Después de haber reconocido Napoleón á la primera ojeada con qué clase de personas tenía que habérselas, los despidió pretextando el cansancio y detuvo al canónigo Escoiquiz, manifestándole el deseo, equivalente á un mandato, de tener con él una pequeña conferencia. Confió al general Savary el cuidado de comunicar al príncipe de Asturias todo lo que él iba á decir á su preceptor, con el cual prefería hablar por suponerle de más talento.

Agobiábale ya su secreto por el doble motivo de tenerlo tanto tiempo guardado y de ser una perfidia, género de maldad extraño á su corazón. Necesitaba franquearse al menos ignorante de los consejeros de Fer-

nando, y disculparse en cierto modo con la franqueza con que estaba dispuesto á revelar sus designios y con la confesión pura y sencilla de los motivos de alta política que le impulsaban. Empezó lisonjeando al canónigo, diciéndole que le tenía por hombre de talento y que con él se podía hablar con entera libertad. Después, sin más preámbulo, y como si le urgiese vaciar su corazón, le declaró que había hecho emprender aquel viaje á los príncipes españoles con intención de despojar al padre y al hijo de la corona de sus abuelos; que hacía muchos años que advertía las traiciones de la corte de Madrid; que aunque no lo había manifestado, ahora que estaba libre de los negocios del Norte, quería arreglar los del Mediodía; que la España era necesaria para sus designios contra la Inglaterra; y él necesario á la España para restituírle su grandeza; que si no fuera por él, aquella nación gemiría eternamente bajo una dinastía incapaz y degenerada; que el anciano Carlos IV era un rey imbécil; que su hijo, aunque joven, era también adocenado y menos leal que su padre, testigo la revolución de Aranjuez, cuyas causas se sabían en París sin tener que ir á Madrid para saberlas; que la España no conseguiría nunca con tales soberanos la regeneración moral, administrativa y política que necesitaba para recobrar su posición entre las demás naciones; que él no esperaba de los Borbones más que perfidias y falsa amistad, y tenía demasiada experiencia para confiar en la eficacia de los enlaces; que por otra parte una princesa de cualidades superiores no era una joya que podía encontrarse tan fácilmente; y que aunque la tuviera á su disposición, no sabía si llegaría á alcanzar ó no el suficiente influjo sobre aquel príncipe vulgar y taciturno, cuyo único mérito, si alguno tenía, era el arte de disimular; que él era un conquistador, y como tal, para fundar dinastías y conseguir un objeto como el que anhelaba colocado á tan inmensa altura, tenía que atropellar forzosamente cualesquiera consideraciones secundarias; que no tenía afición á la maldad, que le repugnaba mucho hacer daño, pero que él no había de detener su carro porque se pusieran bajo sus ruedas; por último, que su resolución estaba ya tomada, que iba á quitar á Fernando VII la corona de España; pero que deseoso de atenuar el golpe y de ofrecerle un resarcimiento, le tenía preparado uno, cuya elección para su tranquilidad no podía ser mejor, cual era la hermosa y pacífica Etruria, donde podría el príncipe reinar al abrigo de las revoluciones europeas, y donde viviría más feliz que en el suelo de España, trabajado por el espíritu sedicioso de la época y que sólo podía domar, constituir y hacer prosperar un príncipe poderoso y diestro.

Al pronunciar este atrevido discurso, se había mostrado Napoleón alternativamente halagüeño é imperioso, llevando hasta el último grado el cinismo de la ambición. El pobre canónigo le escuchaba atónito y confuso. El honor de verse halagado, siendo un mero canónigo de Toledo, por el más grande de los hombres, luchaba en su corazón con la pesadumbre de oír tales declaraciones. Quedó anonadado y estupefacto, mas no por eso perdió su habilidad oratoria, é hizo uso de ella para contestar á Napoleón, el cual quiso dispensarle la gracia de oírle para templar su pena.

El desgraciado preceptor se esmeró en justificar á la familia de Borbón para con el jefe de la familia de Bo-

naparte: le recordó que en la época de los más grandes horrores de la revolución francesa, la corte de España no había declarado la guerra hasta después de la muerte de Luis XVI; que á pesar de esto había aprovechado la primera ocasión favorable para volver al sistema de paz y de éste al de la alianza entre los dos Estados; que desde entonces había prodigado á la Francia sus escuadras, sus ejércitos y sus tesoros; que si no la había servido mejor todavía no era por falta de buen deseo, sino por falta de saber; que el único culpable era el príncipe de la Paz, único autor de todos los males que deploraba la España y causa de su impotencia como aliada; que por fin este detestable favorito estaba ya para siempre lejos del trono, y con un príncipe joven, devoto de Napoleón, ligado con él por los vínculos del agradecimiento y por los del parentesco, y dirigido por sus consejos, la España, regenerada en breve, volvería á ocupar la altura de donde no debía haber nunca descendido, pagaría á la Francia todos los buenos oficios que ésta pediera esperar sin tener que hacer grandes esfuerzos ni sacrificios; que si sucediese lo contrario, la España opondría una resistencia desesperada, auxiliada por los ingleses y quizá por una parte considerable de Europa; se perderían las colonias, lo que sería una desgracia tan grande para Francia como para España, y por último, se echaría una gran mancha sobre la resplandeciente gloria de aquel reinado. «Mala política es la de usted, señor canónigo, exclamó Napoleón con una sonrisa bondadosa, pero irónica. Usted mismo con su saber no dejaría de condenarme si dejara yo perder la favorable ocasión con que me brindan la sumisión del continente y la penuria de la Inglaterra para llevar á cabo mi sistema. Sus Borbones de usted no me han ayudado sino con la mayor repugnancia, y siempre se han mostrado dispuestos á hacerme traición. Diga usted lo que quiera, mejor me servirá un hermano. La regeneración de la España es imposible con príncipes de una casa antigua que será siempre, mal de su grado, el sostén de todos los abusos inveterados. Mi resolución está tomada y es preciso que esa revolución se cumpla. La España no perderá una sola aldea; conservará todas sus posesiones. Tengo ya tomadas todas las precauciones para conservarlas las colonias. Por lo que hace á vuestro príncipe, le resarciremos si se somete de grado á la imperiosa fuerza de las cosas. Usted puede disponerle con su influencia á aceptar los resarcimientos que le tengo destinados, y á fuer de hombre instruido comprenderá fácilmente que no hago más que seguir en esto las leyes de la verdadera política, que tiene sus exigencias y sus rigores inevitables.»

Diciendo estas y otras cosas, con un lenguaje que revelaba más bien el pesar que el remordimiento de aquel despojo, se fué mostrando Napoleón poco á poco afable y franco, y aun llegó á familiarizarse hasta un punto exagerado con el pobre preceptor, cuya aventajada estatura formaba con la suya un singular contraste. Espantado de aquella inflexible resolución, el canónigo Escoiquiz, con los ojos arrasados de lágrimas, empezó á encarecer difusamente las virtudes de su joven soberano, se esforzó en disculpar á Fernando VII de la revolución de Aranjuez, puso el mayor empeño en probar que Carlos IV había abdicado voluntariamente y que la autoridad de Fernando VII era por consiguiente muy